

¿EXISTE LA CLASE OBRERA?

Paula Abal Medina, Ana Natalucci y

Fernando Rosso

*Capital Intelectual, Buenos Aires, 2017,
156 págs.*

¿Existe la clase obrera? Es la pregunta que Paula Abal Medina, Ana Natalucci y Fernando Rosso eligen para titular el tercer libro de la colección Media Distancia, editado por Capital Intelectual y Le Monde Diplomatique. Pregunta y título que en su sentido primigenio no hacen más que reforzar la certeza de que la clase obrera no es una quimera de otro tiempo y que hoy, a través de sus diversas manifestaciones, reclama una reflexión que permita comprender su singularidad histórica.

Trabajadores en blanco, trabajadores en negro, trabajadores que luchan por ser reconocidos como tales. Una multiplicidad que el espacio social permite entrever: por un lado, nos encontramos con centrales sindicales que, a través de las instituciones del derecho, logran intermediar en la relación capital-trabajo y, a medida que se consolida su poder de negociación, reclaman para sí la centralidad política que tuvieron antaño. Por otro lado, con las fábricas, el lugar de trabajo de donde emergen organizaciones de trabajadores que, en vinculación con partidos políticos de izquierda, cuestionan los cimientos del modelo sindical hegemónico. Estos trabajadores nucleados en comisiones internas, representados en cuerpos de delegados, comprendieron que la reivindicación de sus derechos desborda los canales de negociación que imparten tanto los gobiernos como las empresas y por eso, cada vez que sus reclamos son desoídos, deciden poner el cuerpo sobre la ruta Panamericana para externalizar el conflicto. Por último, no se puede dejar de mencionar a las multitudes que el 7 de agosto de 2016 realizaron una peregrinación hacia el santuario de San Cayetano: kilómetros recorri-

dos con estandartes del patrono del trabajo, del Gauchito Gil, de Evita, del Che. Religión y política dan lugar al ritual de la olla popular, la comida compartida que evoca el derecho al trabajo digno como forma elemental de la sostenibilidad y reproducción de la vida.

Paula Abal Medina, Ana Natalucci y Fernando Rosso escriben sobre estas experiencias y juntos componen un libro con tres ensayos donde los autores debaten entre sí, analizan el mismo objeto a través de ángulos y actores distintos, para luego articular una trama que permita captar la particularidad del movimiento obrero en la actualidad y las formas en que se expresa su vitalidad.

El punto de partida es el mismo: ninguno de los autores soslayó la irreversibilidad de las transformaciones en el modo de producción capitalista de mediados de los '70 y sus repercusiones políticas –surgingimiento de un nuevo bloque de dominación–, económicas –cambios en el modelo de acumulación– y sociales –desintegración de un universo del trabajo donde la figura del asalariado dependiente contractualmente y subordinado organizativamente era predominante. También se remiten a los años '90, cuando la implosión neoliberal condujo a la liberalización de la economía, la desregulación de los mercados y a la introducción de reformas tendientes a la flexibilización laboral. El saldo de este período fue la fragmentación en el seno de la clase trabajadora, precarización y tercerización de la fuerza de trabajo, amplios niveles de desocupación y la destrucción del sindicalismo de clase y su conversión en un sindicalismo dócil o de servicio. Por último, se remontan al ciclo político iniciado con la devaluación de 2002, y las implicancias que tuvo la estrategia neodesarrollista en la recomposición de las organizaciones de trabajadores. Natalucci, siguiendo a Brasser Pereira, explica que “el neodesarrollismo se trata de una propuesta a mitad de camino entre el populismo y la ortodoxia convencional” (Abal Medina, Natalucci & Rosso, 2017: 70), y afirma que “esta estrategia requería una revisión de los actores y las alianzas. En forma sucinta: si el populismo suponía la inclusión por intermedio de organizaciones corporativas –principalmente los sindicatos–, la ortodoxia convencional se fundamentaba en una clase política restringida asociada a unos pocos grupos económicos nacionales y extranjeros (...) En consecuencia el neodesarrollismo necesitaba una alianza recreada a partir de un consenso intersectorial sobre algunos lineamientos económicos básicos por parte de un grupo

relativamente amplio que incluyera sectores productivos, de las clases medias y populares” (Abal Medina, Natalucci & Rosso, 2017: 74).

Sobre ese trasfondo, Abal Medina analiza los movimientos obreros organizados en la Argentina en el período 2003–2016. La autora escribe en plural porque la restitución que supuso el kirchnerismo no alcanzó a todos por igual; su límite fue “la antinomia compleja entre los trabajadores del *techo* y los trabajadores del *piso* que se instaló durante el final del kirchnerismo con consecuencias negativas para el campo popular” (Abal Medina, Natalucci & Rosso, 2017: 32). De esta manera, dos expresiones políticas surgían de la desigualdad del mundo del trabajo: se observa la actualización del sindicalismo clásico, que logró mejoras salariales para los trabajadores registrados y aumentó la cobertura de la negociación colectiva. También comienza a cobrar relevancia el otro movimiento obrero, aquel que nuclea a los trabajadores de la economía popular; ese sector que emerge de la confluencia entre el trabajo y los planes sociales: el Plan Ingreso Social con Trabajo, la Asignación Universal por Hijo para la protección Social y el Monotributo Social, lograron llegar a lo que la ex presidenta Cristina Fernández denominó el “núcleo duro de pobreza”. De esta manera miles de trabajadores apuntalados por programas estatales se consolidan, se organizan en la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP), muestran su capacidad para efectivizar algunos derechos y sostienen una disputa clave: consagrarse como sujetos políticos y eliminar del imaginario social el prejuicio que los cataloga como asistidos.

El capítulo de Natalucci es un relato minucioso sobre la recomposición del sindicalismo peronista en los años del kirchnerismo. La tensión entre el poder corporativo y el poder político del sindicalismo es el eje que articula este ensayo. Sobre la representación corporativa, la autora dirá que “el incremento del empleo registrado y las altas tasas de afiliación confirman que el sindicalismo sigue siendo una de las principales herramientas organizativas que conserva el monopolio de representación sobre los trabajadores formales” (Abal Medina, Natalucci & Rosso, 2017: 73). En los primeros años de la estrategia neodesarrollista, este renaciente sindicalismo logró convertirse en un actor con capacidad para contrarrestar el peso de los empresarios e intervenir en las pujas redistributivas. Hugo Moyano, Secretario General de la CGT electo en 2005, fue la cara visible del proceso de recomposición.

A partir de los años 2008–2009, este modelo de crecimiento empieza a mostrar los primeros síntomas de agotamiento y el margen de acción de las organizaciones de los trabajadores se ve limitado por la coyuntura económica y por los crecientes desacuerdos con el Gobierno Nacional. Los proyectos fallidos de “Reparto de Utilidades sobre las Ganancias Empresarias entre los Trabajadores” y las tentativas por modificar el Impuesto a las Ganancias fueron el símbolo de que algo había cambiado. Por un lado, la temprana alianza entre el Estado, sectores empresariales y sindicalismo se resquebrajaba, al mismo tiempo que se retraía el poder corporativo que los sindicatos peronistas habían ostentado en los primeros años de gobierno kirchnerista.

La respuesta del moyanismo a la nueva coyuntura fue el intento de consolidar su poder político. Las demandas de participación política a través del aclamado cupo del 33%, la creación de la Corriente Nacional del Sindicalismo Peronista en 2009 y la breve presidencia justicialista que Moyano heredó de Kirchner y Balestrini, no lograron convertir al sindicalismo peronista en sujeto político. La tensión histórica entre la representación corporativa y política se reedita en la actualidad, pero a diferencia del pasado reciente, el ciclo político que se inicia a fines de 2015 arroja novedades: la CGT se unifica y comprende que su estatuto político dependerá de su capacidad para representar a los sectores olvidados del trabajo.

El último ensayo que compone el libro pertenece a Rosso. Aquí se recuperan las luchas de trabajadores que no responden a las organizaciones sindicales tradicionales. El autor analiza aquellas reivindicaciones que surgieron en los lugares de trabajo, que fueron expresadas por asambleas de trabajadores, comisiones internas, cuerpos de delegados. En el período 2003–2005 se constata la victoria de los metrodelegados por la jornada de 6 horas, la toma de edificios de los telefónicos, la huelga en el Garrahan y la proliferación de las empresas recuperadas por sus trabajadores. En los años subsiguientes, los trabajadores de Fate, Kraft, Lear, la Línea 60, entre otros, despliegan sus reivindicaciones sobre la ruta Panamericana. Estas instancias de organización, fuertemente vinculadas con ideas de izquierda, expresan una nueva identidad gremial que reivindica una tradición sindical antiburocrática y clasista. Esta vitalidad que emerge de los lugares de trabajo es, para el autor, un

indicio suficiente para demostrar que la anómala tradición argentina de comisiones internas y sindicatos de base sigue más vigente que nunca.

¿Por qué la lectura de este libro se vuelve imprescindible? Porque contra los diagnósticos de moda que tienden a negar la centralidad del trabajo, los autores se proponen demostrar que la morfología de la clase obrera entraña las formas de resistencia que encuentran las identidades trabajadoras para reposicionarse en la disputa política primigenia: la que existe entre el capital y el trabajo.

Lucía Kaplan
Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
Universidad Nacional de Rosario